

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALEZ

AÑO II
29 de Junio de 1889.
NÚMERO 39

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LA BAÑISTA... CASERA

¡Cuán hermosa y hechicera!
¡Qué apetitosa! ¡Que rica
vestida de esa manera!
¡Y pensar que es esa chica
una bañista casera!

Tiene horror al oleaje
y al tren, y por todo pasa
antes que hacer un viaje,
y la caseta y el traje...

¡son para bañarse en casa!

Tiene en bañarse interés,
pero lo notable es
que el agua la causa horror,
y por huir del calor
¡toma unos baños de pies!!

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año 9 pesetas.
Seis meses 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO

«Novedades, novedades,
¡a real y medio la pieza!
Todo bonito y barato,
¡quién lo compra, quién lo lleva,
á la quemazón, al saldo,
procedente de la quiebra
de los grandes almacenes
de una fábrica extranjera!
Novedades, novedades,
¡a real y medio la pieza!»

Así pregonaba un viejo
ayer noche, en la plazuela
de Santa Cruz, junto á un puesto
ambulante. Con presteza,
al oír lo de «novedades»,
yo, que ando á caza de ellas,
acercúme al vendedor
rompiendo la valla espesa
de curiosos, compradores,
soldados, ratas, niferas,
cesantes, desocupados,
esa *turbamulta* eterna
que el vendedor callejero
en torno suyo congrega;
y puesto en primera fila,
tropecé con una cesta
ancha y larga, negra y sucia,
y hasta el mismo borde, llena
de cien objetos diversos
que alumbraban cuatro velas.
Lleno de curiosidad
y con febril impaciencia,
dediquéme á revolver
los géneros de la tienda,
y convencíme que el viejo
no engañaba á su clientela
pregonando novedades,
pues que novedades eran
los infinitos objetos
que, por sus formas diversas,
la variedad de sus clases,
su elegancia y su riqueza,
pudieran muy bien llamarse,
con justicia manifiesta,
prodigios de la mecánica
y de la industria moderna.
Y todo casi de balde.
¡A real y medio la pieza!

Entre otras cosas, había,
en el centro de la cesta,
como en lugar preferente,
una colección completa
de unos muñequitos chicos
vestidos con ricas telas,
colorados de moñetes,
de actitud altiva y seria,
muy fruncidos de entrecejo
y la boca muy abierta;
tenían en el estómago
un resorte, una lengüeta,
que á la más débil presión
lanzaba una nota seca,
desapacible, estridente,
eco amargo, ronca queja,
como del que pide airado
el almuerzo ó la merienda.
«Estos son hombres políticos
de diferentes escuelas.»
Así pregonaba á voces
el vendedor de la cesta.
¡Cuidado si eran baratos!
¡A real y medio la pieza!
¡Pues no le compraban uno,
y había varias docenas!



Otro grupo de muñecos,
muy bonitos y arreglados,
llamó pronto mi atención,
y me puse á examinarlos.
Unos bebés. ¡Qué bebés!
Con el pelito rizado,
hermosos, barbilampiños,
tiesecillos y engomados,
con aires de suficiencia,
de altivez y de descaro.
Pero intrigóme una cosa
el ver que estaban pegados
de dos en dos, por parejas,
y quise enterarme, claro.
—¿Son los hermanos *Siameses*
que así van aparejados?
—Es la colaboración.
—¿Eh?—Son autores dramáticos
noveles.—¡Pues no me explico!...
—Es el último adelanto!
Ahora escriben por parejas.



— ¡Qué demonios de muchachos!
¡Como la Guardia civil!
¡Y será bueno el trabajo!
¿Vendrán á regenerar
el arte?—¡Los doy baratos!...
¡a real y medio la pieza!
Y, en efecto, un empresario
los adquirió casi todos
para explotar un teatro.
¿Y el público? Se condeñe.
Dice que resultan caros.

Otro grupo; gente buena,
muy estrada, muy fina,
panzuda, grave, con gafas,
vistiendo frac ó levita;
ancha calva, guante negro...
¡vamos, una romería!



CÓMICO

—Estos muñecos, ¿qué son?
—¡Médicos especialistas!
Mucho bombo, mucho anuncio,
una clientela magnífica;
hay quien expulsa la ténia
con decirle: «Buenos días»,
y quien devuelve á los tísicos
la fuerza y salud perdidas
con dos tomas de un jarabe
de su invención exclusiva;
recetan bien, cobran ídem,
¡y á la ciencia dignifican!
¡A real y medio la pieza!
¡Glorias de la Medicina!
¡Pues no le compraron uno!
Y el pobre viejo decía:
¡Jesús, cómo está el comercio
de la coronada villa!

Representando las artes,
otro montón de muñecos
en un rincón de la cesta,
hacinados y revueltos,
esperaban compradores
que los sacasen del negro
cautiverio, pero en vano.
¡Nadie oía sus lamentos!
Y había cien ejemplares.
Allí estaban los toreros,
los de la chaqueta corta,
los del pantalón estrecho,
los de la trenza muy grande,
los del valor muy pequeño,
los distinguidos *maletas*
que se apellidan *maestros*
y del toro sólo saben
que embiste y que tiene cuernos,
diestros por cuya destreza
nadie daba real y medio.

Actores ¡qué digo actores!
—poner motes está feo—
cómicos sin equipaje,
sin dignidad, sin talento,
de esos que escogen papeles
y que piden mucho sueldo,
y luego reciben... *gritas*
y hablan mal del compañero,
del autor, del empresario,
del periodista, ¡del *Verbo!*
y dicen *haja* y *Grabiel*
y *cuála* y otros excesos...
En fin, cómicos de ahora,
artistas de á real y medio...
—De estos despachaba algunos.—
¡Anda tan escaso el género!
¿Y músicos?... ¿Y pintores?...
¡Jesús qué caterva de ellos!
Y todos malos, infames,
presumiendo en aquel cesto
sin que nadie se acercara
siquiera á ponerlos precio!

En vano el buen vendedor
pregonaba á voz en cuello:
«¡Novedades, novedades!»
«¡Gran barato, á real y medio!»
Las velas se consumían,
pasaba rápido el tiempo,
los mirones eran muchos
y los compradores cero,
y el comerciante decía
resignado y macilento:
«No es posible hacer negocio.
¡Tendré que bajar los precios!»

E. NAVARRO GONZALVO





LA PIEDAD Y EL NEGOCIO

(Y VICEVERSA)

Aunque parodiando al insigne poeta Adolfo López de Ayala podríamos decir que una cosa es la piedad y el negocio es otra cosa,

acontece de vez en cuando que la piedad y el negocio andan confundidos y mezclados en esta vida agitada de Madrid, donde todo se explota y de cualquier noble sentimiento se hace mercadería.

Dícese—y es muy posible que sea verdad, porque de estas cosas estamos viendo con frecuencia;—dícese que el Ministerio de la Guerra se propone adquirir, en virtud de compra, el hospital del Niño Jesús, que poco há puso en venta su actual propietario (que no sé quién es, ni me importa). La traslación de dominio del benéfico establecimiento nada tendría de particular ni de lamentable; el hospital de niños se convertirá probablemente en hospital de soldados, y tan útil podría ser á la humanidad en este concepto como lo ha sido en el otro; pero... es el caso que, según manifestó, hace ya bastantes semanas, en el Congreso el ex ministro D. Manuel Pedregal, el carácter especial del hospital del Niño Jesús, á cuya fundación, sostenimiento y desarrollo ha contribuido eficazmente la caridad pública, no sólo autoriza al Gobierno á intervenir en esa venta, sino que hasta le impone la obligación de hacerla así. Y no debieron de ser destituidas de fundamento las indicaciones del diputado republicano, cuando el Gobierno, por boca de uno de sus individuos, ofreció estudiar el asunto.

Ignoro si en efecto lo habrá estudiado—aunque me figuro que no;—porque con estas cosas de la conjura y de la suspensión de sesiones, y de la terminación de la legislatura cuarta, y de los borrascosos comienzos de la quinta, y tal y qué sé yo, ¿quién está para estudiar nada? ¡Gracias que no se le olvida á uno lo que tiene bien estudiado; pero la verdad es que el... negocio, llámémosle así, merece ser atenta y detenidamente estudiado.

Tengo yo acerca del decantado, y preconizado, y canonizado derecho de propiedad, mis opiniones particulares; si señor que las tengo; y por qué no había de tenerlas? es lo menos que uno puede tener, sus opiniones; que muchas veces, para lo que sirven, valdría más no tenerlas; pero, vamos, yo las tengo; y las expongo ahora, primeramente porque no vienen á cuento, y segundamente porque temo que mis lectores se asustarán de conocerlas; pero aun aceptando como buenas las prescripciones hoy vigentes sobre tan controvertida materia, eso de la venta del hospital es muy discutible y está oscuro y huele á queso.

Si un ciudadano ó una ciudadana (que para este caso son lo mismo) hubiese fundado ese establecimiento, y lo hubiese sostenido con sus recursos propios, y le hubiera dado desenvolvimiento con su inteligencia y su actividad, y ahora, cansado de ser benéfico y caritativo, ó pretendiendo dedicar sus capitales á empresas de otra índole, tratase de vender su finca, santo y muy bueno; suya era, y hacía con ella lo que le parecía conveniente; pero el hecho es que aquí han ocurrido las cosas de distinto modo, según tengo entendido.

Fundado el establecimiento para hospital de la infancia desamparada y menesterosa, se solicitó y se obtuvo el apoyo de la caridad pública. A labrar el edificio, á dotarlo del material necesario, á colocarle en situación próspera, contribuyeron no ya solamente los desembolsos del propietario, sino las limosnas constantes de personas caritativas. Es claro que esas personas, muchas de las cuales ni siquiera daban sus nombres, ni exigían recibo, ni mucho menos pretendían adquirir, cuando entregaban su óbolo, una participación grande ni pequeña en la propiedad; pero es claro también que al dar sus limosnas, al entregar sus donativos, entendían que á un fin determinado, y no á otro alguno, se destinarían siempre.

Son indudablemente copartícipes en esta propiedad el dueño de los terrenos y del edificio—en el supuesto de que el uno y el otro hubieran sido costeados por él solo,—y el Estado en representación de las personas caritativas que para fomentar y sostener el hospital del Niño Jesús han contribuido con sus limosnas.

Aunque un refrán, algo pesimista, aconseja aquello de *piensas*

mal y acertarás, yo no quiero pensar mal en esto, ni trato de inducir á nadie en tentación de ser mal pensado; refiero los hechos, expreso las circunstancias, recuerdo la excitación—que tal vez se reproduzca pronto—de un representante del país, y dejo al lector curioso la tarea de obtener deducciones.

Pero es lo cierto que si se aceptaba y se admitía como legítimo este original procedimiento para adquirir propiedades con ayuda de limosnas y enajenarlas después, llegaríamos inevitable, necesariamente á parar á la realización de negocios piadosos y hasta de piadosas estafas; ya sé, todos lo sabemos, que esto de ahora ni es estafa, ni es siquiera negocio; pero sentado el precedente, precedente funesto, llegaríamos, sin remisión posible, á ingeniosas combinaciones que suponen una cosa y otra, á quizá algo peor que ambas.

Por eso digo que al Gobierno (si á pesar de su ofrecimiento no ha estudiado el asunto), al público en general y á las personas caritativas en particular, interesa conocer lo que de su estudio resulte.

Sábese, por de pronto, que, á pesar del tiempo transcurrido desde que en el Congreso hablaron del asunto, las cosas continuaban como estaban entonces, y se dice además que no faltará quien, perfectamente enterado de todo, reproduzca la excitación y dé sobre lo acontecido noticias interesantes.

Veremos, veremos.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL TIBOR

El Sr. López de la Crestería, comendador de la Real y distinguida orden de Isabel la Católica, del cuerpo colegiado de la nobleza, consejero de una porción de cosas, etc., etc., etc., llama respetuosamente á la puerta del gabinete de Clementina, á quien el mundo galeante da el sobrenombre de *la de las rabias*, por ser muy aficionada á ellos y tener muchos.

—¿Se puede?

En el gabinete nadie contesta.

Pequeña pausa.

—¿Se puede?

Igual silencio.

—¿No hay nadie aquí?

Quedándose también sin contestación, el señor de la Crestería levanta sigilosamente el pestillo, empuja con suavidad la puerta, cuyos goznes lanzan un grito agudo, como si tuvieran la consigna de avisar la llegada de los importunos. La portiera, que parece ser cómplice de los susodichos goznes, sujeta contra la pared con el respaldo de una silla, se resiste á dejar el paso franco, como si tratara de dar tiempo para evitar una sorpresa.

El señor Comendador, etc., etc., consigue, por fin, asomar la cabeza entre las colgaduras.

Un triste espectáculo se ofrece á su vista.

Clementina está tendida sobre un sofá, con la cara oculta entre sus brazos desnudos, que se apoyan sobre el del mueble. El corsé, de raso negro, sale de la cintura de un refajo de seda azul con encajes, que deja asomar por el otro lado unos diminutos pies, que lucen, sobre media negra, ricos zapatos de tafilete.

Clementina llora á lágrima viva.

¿Quién, al verla en aquel traje y en aquella posición, no hubiera tratado de consolarla?

El mismo señor Consejero de una porción de cosas no pudo resistir á este deseo, y llegándose junto á la triste criatura, é inclinándose hacia ella, preguntó:

—¿Qué es eso, hija mía? ¿qué sucede?

La desgraciada joven, sin moverse, lanzó un fuerte sollozo, por toda contestación.

—¿Qué te pasa, vida mía?

Nuevo sollozo.

—Mírame, hijita; soy yo, tu Pichichi, como tú dices. Mírame, bien mio, que pueda yo enjugar ese llanto.

Clementina, sin abandonar su postura, llora aún más fuerte que antes, y como su Pichichi, no contento con el resultado de sus palabras, pasase á las obras cogiéndole un brazo para separárselo de la cara, ella, haciendo una fuerte contracción, parecía que trataba de embutirse en el brazo del sofá para defender su rostro de las miradas de su amante.

Súplicas, ruegos, cariñosas amenazas, promesas y halagos, todo fué en vano. Pichichi no conseguía más que irritar el dolor de la desconsolada joven, que permanecía muda y pegada al sofá como se pega el murdago á la encina.





PALAYAS



¡Ave María Purísima!



PABLO Y VIRGINIA



—¿No le parece á usted que este año está más mar?
 —Es que ha escupido en ella mi niña.



as cosas que ellas desde ahí...

PRIMERA IMPRESIÓN

—¡Ay!...

SEGUNDA IMPRESIÓN

—¡Ay! ¡Ay!...

SUSANA EN BAÑOS



—Haga usted favor de entrar en el agua con cuidado, porque ahora está subiendo la marea y sería posible un desbordamiento.



(No hay tercera impresión.)

A. FONS

Desesperado de alcanzar respuesta, salió del gabinete decidido á interrogar á la doncella y obtener de ella, á toda costa, noticias del suceso que tanto pesar costaba á su señorita.

—¿Ramona, Ramona!
 —¿Qué se le ofrece al señor?
 —¿Qué pasa aquí? Contesté usted pronto.
 —Yo no sé nada.
 —¿No sabe usted que la señorita está llorando á lágrima viva?
 —Sí, señor.
 —¿Por qué?
 —No puedo decirle al señor.
 —Usted debe saberlo.
 —Señor, yo...
 —Usted lo sabe.
 —Yo, señor...
 —¿Por qué no ha de decirme usted?
 —Por... porque me lo ha prohibido la señorita terminantemente.
 —Esa conducta la honra á usted; la fidelidad es antes que todo; pero si me lo dice usted, no ha de pesarle.
 —Pues bien, se lo diré al señor todo; pero ha de prometerme que no ha de decir por dónde lo ha sabido.
 (Esto lo dice Ramona después de haber recibido en su blanca mano una monedita de cinco duros.)
 —Mire el señor: lo que ha pasado es que la señorita ha roto,

sin querer, aquel jarrón japonés que le regaló el señor el mes pasado. Estaba la señorita tan contenta con él, que no hacía más que mirarlo y enseñárselo á todo el mundo, diciendo con orgullo que se lo había regalado su... su Pichichi, con perdón del señor. Me dijo que no quería de ningún modo que se lo dijera, porque el señor quería comprarle el compañero, que quedó en la tienda, y no era cosa de que se gastara otros 30.000 reales.
 —¿Hay otro en la tienda? Pues corro á buscarlo.

Al salir, Pichichi encuentra en la escalera á Asunción, la amiga íntima de Clementina.
 —Asuncioncita, hágame el favor de ver si puede consolar á la pobrecita Clementina, que está inconsolable porque ha roto el tabor japonés que le regalé el día de su santo.
 —¿Aquel tan hermoso que tenía sobre el velador?
 —El mismo.
 —¿Qué lástima! Con razón estará triste.

Al día siguiente volvió Asunción á casa de Clementina, y al ver sobre el velador un rico tabor japonés de elegante forma y vivísimos colores, preguntó á su amiga:
 —¡Hola! ¿Te ha regalado Pichichi otro jarrón?
 Á lo cual respondió Clementina riendo:
 —Me lo ha vuelto á regalar. Es el mismo.

JOSÉ ESTREMEZA

TORTURAS ARTÍSTICAS

Sr. D. Eduardo Navarro Gonzalez.

QUERIDO amigo, paisano y director: Me honras por todo extremo pidiéndome un *artículo* para ese acreditadísimo periódico.

Como las múltiples obligaciones que hoy por hoy me agobian, no me permiten emborronar cuartillas, te acompaño copia de una carta que acabo de recibir.

En mi opinión, es curiosa.

Si crees lo mismo, estámpala en las columnas del semanario que para acrecentamiento de tu buena reputación literaria tan inteligentemente diriges.

No quito *notas* á nadie. Mi elogio es sincero.

Te quiero mucho.

Peró el cariño no me ciega... y...

Echo por el atajo, porque siguiendo por el *arrecife* de mi cariño—bonita frase—te llenaría de flores y piropos, que no aceptarías tu modestia.

Basta, pues, y al grano.

He aquí la copia:

Sr. D. Rafael María Liern.

Mi distinguido señor y amigo:

No se ofenda de lo que voy á decirle.

En mal hora busqué la influencia de usted para ser nombrado director artístico del teatro de... cuyo nombre no quiero acordarme.

No olvido su frase de despedida:

—¡Ay de usted si mi recomendación es eficaz!

¡Como me atiendan, ya le ha caído á usted que hacer!

Pues le atendieron, amigo mío; el señor empresario se apresuró á servir á usted, y á mí por ende.

¡Dios se lo pague y se lo tome en cuenta al mismo tiempo!

Me paga puntualmente las nóminas, porque es honrado, y si bien es cierto que cumple como bueno abonándome lo estipulado por precio de mi dirección artística, no lo es menos que debía triplicarme el sueldo, porque no paga, ni con mucho, los sufrimientos morales inherentes á mi cargo.

¡Cuánto sufro, querido señor!

Los artistas me dan mucho que hacer; pero las penas que me producen son tortas y pan pintado comparadas con las que me originan los... Después los nombraré.

¡Carne de gallina se me pone al tener que nombrarlos!

¡Con qué fervido entusiasmo tomé las riendas artísticas de este coliseo!

Hice su reglamentito y todo, y he tenido el gusto de ver que no ha servido para maldita de Dios la cosa.

Reglamentar á los actores es más difícil que guardar agua en una cesta.

Salvando excepciones honrosas, siguen los artistas acudiendo á los ensayos con una puntualidad parecida á la que disfrutaban los maestros de escuela en el cobro de sus haberes.

El ramo de baritonos, sobre todo, está dejado de la mano de Dios.

El de mi Compañía priva justamente con el público, pero no abre la boca para ensayar hasta las tres de la tarde, lo menos.

Continúan los artistas aprendiendo los papeles fuera de casa, es decir, en el teatro, cuando los recita el apuntador, de cuya voz están pendientes en todas, absolutamente en todas las representaciones.

Tampoco abandonan el oficio de *tocineros artísticos*.

La confección de la *morcilla* es su fuerte.

Comienzan á hacer *los embutidos* desde los primeros ensayos, y cuando una obra lleva siete ú ocho representaciones, convierten el escenario en *una tabla de fresco*.

Y menos mal cuando la *morcilla* es sabrosa, lo cual sucede pocas veces.

La mayoría de ellas resulta insípida, y sirve sólo para solaz de los actores que se rien del público en sus propias barbas.

¡Oh decoro artístico!

Peró no es mi propósito enumerar los sinsabores que los artistas producen al director, no contagiado, de las *corrientes actuales*.

Hay quiero hablar únicamente de... de... de los autores.

Ya los nombré.

Ocioso será consignar que no hablo de los autores verdaderos, para los cuales no tengo más que respeto profundo y admiración sincera, sino de los autores *so-disant*; de aquéllos que, arrastrados por el torbellino que amenaza destruir cuanto de artístico queda en el teatro por horas, enristran la péncola y emborronan cuartillas como quien pone la cuenta de la lavandera, sin conocer siquiera la gramática, ni haber oído hablar de otro Harnocilla que el torero, ni de más Calderón que el *Dientes*.

¡Que cantidad de obras vengo obligado á leer á la semana!

¡Y qué calidad!

Para que comprenda usted toda la extensión de mi amargura, voy á copiar algunas lindezas de unos cuantos juguetes que tengo á la vista.

Véase la clase: **TETUÁN**.—Monada cómico-lírica en un acto y en verso, original de...

Música del maestro...

Personajes: Mona.—Monona.—Monina.—Monisina.—La mona que se viste de seda.—La mona que se queda.—El gran Mico.—El mico equis.—El micho hache.—Mico 1.º—Mico 2.º—Coro general de monas de buena familia.

La acción pasa en Tetuán.

Epoca: catorce días antes de la toma de los Castillejos por el general Prim.

Representa el teatro las murallas de Tetuán, con almenas practicables.

Sale el coro de micos meneando los rabos y batiendo palmas, y dice:

Coro.—Música.

—En ocasión tan placentera
 todo es alegría;
 por eso este día
 todo luce á primavera.

¿Se enterá usted, querido?



Pues esto es lo mejor de la obra. Ahí va la muestra de otra.
AL RAYAR EL ALBA.—Juguete lírico-matutino, etc., etc.
 Representa el teatro una plazuela, una calle ó cosa así.
 Sale Perico, tambaleándose como los demás borrachos. Cac tres veces, se levanta á la cuarta, y exclama:

—Pues yo no estoy beudo,
 y sin embargo, ya tengo barro en el oído...

—¿Hubiera usted seguido leyendo el juguete matutino?
 —¿A que no?
 Ni aunque hubiera sido del *lucero del alba*.
 Pues lo mismo he hecho yo.
 Tercera muestra... y basta.
 Anteayer me trajo un joven gentil y apuesto un libro titulado:
LA EXPULSIÓN.
 Era un primor caligráfico.
 Al leer el título, supuse que se trataba de algún episodio de



uvo aquella entrevista el carácter misterioso, necesario á toda confidencia... Los dos estaban solos.
 El comenzó á hablar alegremente de cosas sin importancia, y de pronto, poniéndose serio, sin poderse contener:
 —Tengo el presentimiento, Carlota, de morir muy pronto, y de morir de mala manera... Si, créame usted, añadió; yo voy á tener un fin trágico...
 Carlota le interrumpió riendo:
 —¿Va usted á casarse?
 —No, ya sabe usted que yo no puedo casarme estando usted casada.
 El diálogo se hacía difícil. Ambos guardaron silencio.
 —¿Conoce usted las obras de Goethe?
 —¿Goethe? ¿El autor de *Fausto*?... ¡Hermosa ópera!
 Callaron de nuevo. La ignorancia de Carlota, una de tantas mujeres superficiales como pululan por los salones, había disgustado á su acompañante.
 —¿Y por qué la pregunta?
 —¿Decía usted?... ¡Ah, señora! porque yo voy á morir lo mismo que el protagonista de una de las más hermosas novelas del escritor alemán: lo mismo que Werther.—Sin duda no conocerá usted esa historia, ¿verdad?
 —No...
 —Una historia muy extraña. Un loco, quiero decir, un enamorado, que se suicida... Una esposa fiel hasta la cruzada... Un marido modesto, ó sea un hombre todo lo menos marido posible...
 —¿Y qué relación trata usted de establecer entre esos personajes y nosotros?
 —Ninguna. A usted no me atrevo á juzgarla; su marido de usted es un marido en toda la extensión de la palabra, y en cuanto á mí...
 —Usted se reservará el papel de loco, quiero decir, de enamorado.
 Se echó á reír.
 —¿Qué romántico es usted!
 —Ríase usted todo lo que quiera; pero yo le aseguro que existe una extraña analogía entre mi vida y la vida de ese desventurado Werther. Ambos hemos amado y hemos olvidado más tarde, y hemos vuelto á amar de nuevo... Ambos hemos tenido la desgracia de enamorarnos de mujeres casadas, convencidas de su deber, incapaces de anteponer el amor á la honra...
 Y, por último, para que la semejanza sea absolutamente com-

nuestra Historia, de algo relacionado con la expulsión de los moros.

Pues no, señor; dígalo usted bien; no, señor: se trataba de la expulsión DE LA TENIA.

¡Y la operación se practicaba á la vista del público!!!
 El protagonista era un comandante retirado, tronadísimo á consecuencia del vicio del juego, y había adquirido la enfermedad *haciendo solitarios*.

Si no cree usted cuanto le digo, hable francamente y le enviaré las obras.

LA EXPULSIÓN la tengo en un frasco de aguardiente, como las guindas.

Consuéleme usted con dos letras carifiosas, y cuente siempre con el invariable afecto de su devotísimo amigo,—*Fulano de Tal.*

Por la copias,

RAFAEL MARÍA LIERN.

P. D. Contestaré á las injusticias contenidas en la carta anterior, y te remitiré copia de mi epístola.—*Vale.*

WERTHER



pleta, yo... ¡Ah, señora! No se ría usted, hablo con entera sinceridad, tendré el mismo fin que Werther... ¡Me mataré!

Hizo una pausa, una pausa de efecto; y luego, en voz muy baja, como si hablara consigo mismo:

—Sí... el suicidio. ¡La solución de todas las soluciones!
 —Amigo mío, ¡qué exagerado es usted! Es decir, ¡qué poco razonable!...

El no la contestó; llevóse las manos á los ojos y permaneció breve rato en silencio, horriblemente emocionado, sin fuerzas para hablar.

—Perdóneme usted, dijo después, algo más sereno. ¡Ah! Debo parecerle á usted demasiado ridículo, ¿no es verdad?

—Oh, no! No piense usted tal cosa...

Se puso en pie.

—Dispénsame usted si la he molestado.

—¿Se va usted ya? ¿Hasta cuándo?

El misero sonrió.

—¿Quién sabe! ¿Acaso tiene usted interés en que vuelva?

—Sí... desde luego. Ya sabe usted que le considero como uno de mis mejores amigos. Y recaló esta última palabra.

—¡Ah, señora! Si usted quisiera...

—Amigo Werther, contestó ella sonriendo, no me pida usted imposibles.

—¿De modo que me condena usted?

—Sí, á que sea mi amigo.

Y bajando la voz en tono confidencial:
 —¿No exagera usted su amor? ¿No me miente usted? ¿No se engaña usted á sí mismo?

Fué su respuesta una exclamación.

—Señora!

—En ese caso, proméame usted no ser tan romántico y tener un poco de paciencia.

Y tendiéndole graciosamente la mano en señal de despedida:

—Quiero que me preste usted esa novela...

—¿*Werther*?

—Sí: desco saber si existe efectivamente esa analogía entre usted y ese desgraciado.

—¡Ah! ¡Gracias, Carlota!

—Conque... hasta cuando usted quiera.

Se estrecharon de nuevo las manos.

— Dos días después recibió el protagonista de esta historia un ejemplar de la célebre novela de Goethe, acompañado de la siguiente carta, firmada por Carlota:

«No quiero que tengas el mismo fin que Werther!»

MIGUEL SAWA

IMPORTANTE

A principios de año dimos los aguinaldos á nuestros suscritores, y parece que se han quedado aficionados á los obsequios, porque ahora, con la renovación de semestre, hemos recibido varias cartas preguntando si daremos alguna cosa á los que renuevan y como nosotros no deseamos más que hallar ocasión para corresponder al favor del público, cuente lo que cuente.

REGALAREMOS

A todos los suscritores á LOS MADRILES, de Madrid y provincias, que renueven la suscripción por seis meses desde 1.º de Julio, recibirán como regalo la preciosa novela *La mujer, el marido y la veci-*

na, original del festivo escritor Francisco Serrano de la Pedrosa, adornada con fotografías de *Cuchy*, estampadas en color.

A los que renueven por un año, desde igual fecha, el mismo libro y un tomo de *Las novelas amorosas*, á elegir entre los cinco que hay publicados y cuyo anuncio insertamos en la última plana.

Los nuevos suscritores disfrutarán de iguales ventajas.

ADVERTENCIAS.—Para tener derecho á estos regalos es preciso hacer los abonos directamente en la Administración de LOS MADRILES.

No se admiten libranzas especiales de la prensa, por las dificultades que hay para hacerlas efectivas.



—Hija mía, ha llegado el momento de que luzcas tus... *habidades.*

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LIBRERÍA
DE LA
VIUDA DE POZO, É HIJOS
Obispo, 55, Habana.
Agentes en Cuba para la suscripción y
venta de
Los Madriles.

LIBRERÍA
DE
ESCRIBANO y ECHEVARRÍA
PLAZA DEL SUEL 12 MADRID
Obra recientemente publicada.

Anales del toro, reseña histórica de la lidia de reses bravas y galería biográfica de todos los matadores de toros desde la antigüedad hasta el día, origen de las corridas, etc., etc., por D. José Velázquez y Sánchez: TERCERA edición aumentada con extenso APÉNDICE por el conocido escritor taurino D. Leopoldo Vázquez Rodríguez. Consta de un tomo gran folio de 400 páginas y 30 retratos y suertes; precio, 52 pesetas en rústica y 58 en tela.

Habiéndose hecho una pequeña tirada aparte del Apéndice, se vende al precio de 10 pesetas, con cuyo apéndice quedan completos los Anales 1.ª y 2.ª edición, hasta el día.

Suscripción permanente por cuadernos semanales, á una peseta cada uno, siendo el total de cuadernos 52.

Todas las obras arriba mencionadas se hallan de venta en todas las librerías de España y América. Se sirven por el correo, franco de porte, haciendo los pedidos á esta Administración, acompañados de su valor en sellos ó libranzas del Giro mutuo.

CARLOS AUBERT

Las novelas amorosas.

Publicación de gran lujo con ilustraciones en colores y cubiertas al CROMO EN CATORCE TINTAS.

2 pesetas cada tomo.

Se venden separadamente porque cada uno contiene dos ó tres novelas completas.

VOLUMENES PUBLICADOS

I.—**La liga.**—**El Globo encarnado.**—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Mesplés.

II.—**Sacha y Loudmilla.**—**Los últimos bandidos.**—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Harriot.

III.—**El Príncipe.**—**Marfá.**—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; oleotipia del mismo.

IV.—**El caso de Susanna.**—**El fruto prohibido.**—Traducción de F. Berástegui y Juan de D. López. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Harriot.

V.—**El clavo.**—**La brasa.**—**La prueba.**—Traducción de J. Tadinco. Ilustraciones de Cuchy; heliogravado del mismo.

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

LIBRERÍA

DE

ORTEGA y VÁZQUEZ

Primera de Santo Domingo, 12,

MÉXICO

Agentes en la República mexicana para la suscripción y venta de

Los Madriles.